



Horyzonty Polityki
2019, Vol. 10, N° 31



PABLO PÉREZ LÓPEZ

Catedrático de Historia Contemporánea/
Professor of Contemporary History
Universidad de Navarra (Spain)
paperezlo@unav.es

DOI: 10.35765/HP.2019.1031.06

Procesos de reconciliación en Europa¹

Abstract

RESEARCH OBJECTIVE: We are looking for a characterization of the processes of reconciliation lived in contemporary Europe in order to try to establish whether there is a historical pattern in those lived in the continent in the last two centuries, especially in the last one.

THE RESEARCH PROBLEM AND METHODS: In order to do so, we resort to identifying the main causes of the violent confrontations experienced in Europe at this time. We follow a historical method: chronological order of events and establishment of causal relationships that allow the construction of a narrative about the dynamics of confrontation and reconciliation.

THE PROCESS OF ARGUMENTATION: Inevitably we must be reductive in the selection of facts. The period of the two world wars serves as a dividing line between a time of confrontation and a time of reconciliation lived after the Second World War. We have chosen five processes since 1945 because they seem to us to be particularly significant. We also present some opposing examples of the emergence or survival of clashes.

RESEARCH RESULTS: The first two are international: the reconciliations between France and Germany, and between Germany and Poland. The next two were lived within the same state: Spain with its transition to democracy

¹ This work is carried out within the framework of the Project financed by the Spanish Government and the EU's European Regional Development Fund (ERDF) HAR 2016-75600-C2-1-P.

and the United Kingdom to overcome the conflict in Northern Ireland. Finally, we deal with the most extensive reconciliation process in Europe: the one that took place after the fall of socialism, which brought together the two Europes separated until then by the Iron Curtain. The following are some examples to the contrary: cases in which there has been no reconciliation or in which new confrontations have arisen.

CONCLUSIONS, INNOVATIONS, AND RECOMMENDATIONS:

We end with a joint evaluation of the findings in the cases described that point to the cultural foundation, especially in relation to Christian roots, which is detected in the great processes of reconciliation described.

KEYWORDS:

Europe, nationalism, forgiveness, culture, Christianity

INTRODUCCIÓN: UN TIEMPO VIOLENTO

No ha habido, por desgracia, una era sin guerras en la historia europea. El recurso a la fuerza para dirimir los litigios humanos es una constante que, sin embargo, parece haberse incrementado en los dos últimos siglos y, de manera particular en el XX. Pueden alegarse varias razones para que las cosas hayan sido así, pero una de las más importantes fue el proceso de sustitución de la soberanía dinástica por la nacional que fue característica de las revoluciones liberales vividas desde finales del XVIII hasta las primeras décadas del XIX. El proceso suponía la liberación de los regímenes de monarquías absolutas para ser sustituidos por sistemas de soberanía nacional. El soberano no era ya el monarca sino la nación. Esto tuvo un importante efecto político en el uso de la fuerza, ya que los ejércitos dejaron de ser los de los reyes y pasaron a ser los de las naciones. Francia fue la primera, al vivir su revolución, que concibió el nuevo ejército como la nación en armas. Ya no los hombres del rey pagados para la guerra, sino todos los ciudadanos llamados a defender sus intereses con sus vidas.

Como todo gran proceso de cambio histórico, este no se operó de forma inmediata ni homogénea. Fue paulatina y produjo una cierta conmoción en la vida de los pueblos. La consecuencia más señalada en el continente, siguiendo el modelo francés, fue la implantación de la recluta obligatoria, del servicio militar de los varones como

un deber ciudadano inexcusable para todo el que fuera apto para prestarlo. La transición de un sistema a otro fue larga. Su duración es observable en los prolongados procesos de lucha por la unidad italiana y alemana que se vivieron entre 1848 y 1870. El nacionalismo se había convertido, a mediados de siglo, en una fuerza política indiscutible, que presionaba para abrirse camino, de forma ambigua, en los distintos ámbitos políticos. En unos lugares, como Francia o Alemania, tenía un sentido claramente centralizador, de construcción de un nuevo Estado, en otros, especialmente en los viejos imperios, llamaba al despertar de los pueblos frente a sus viejos dominadores: era el caso de los territorios del imperio de los Austrias, el Otomano o el Ruso.

Paradójicamente, al mismo tiempo que ocurría esto, se asistía a una carrera por formar nuevos imperios o fortalecer los antiguos, especialmente fuera de Europa. Era el caso de Inglaterra, el de Francia, el de Holanda o el de la recién independizada Bélgica. La competencia por el poder en el mundo era sobre todo cosa de los europeos en aquellas décadas, y lo hacían extendiendo orgullosamente sus imperios, manifestando con la presencia de su bandera y su ejército, su capacidad de influir más allá de sus fronteras. Hasta tal punto llegó esa competencia que en 1898 Francia e Inglaterra estuvieron a punto de entrar en guerra por el choque de sus intereses en África, en el llamado incidente de Fachoda.

Pero los gérmenes de las guerras del XIX en suelo europeo tuvieron como motor, cada vez más, el nacionalismo, como consecuencia lógica del triunfo de esa idea en la aplicación de la idea nacional. Parecía una solución obvia cuando se afirmaba que sobre el ejercicio del poder debía decidir el pueblo, hasta que alguien formulaba la pregunta: ¿quién es el pueblo? La respuesta a esta cuestión podía costar graves enfrentamientos. De hecho, los produjo. La unidad italiana se hizo mediante levantamientos y guerras que se apoyaron muchas veces en las que desencadenó Bismarck para conseguir la alemana. Mientras tanto, otros levantamientos fracasaban en el imperio austrohúngaro o el ruso, como el de enero de 1863 en Polonia, comenzado, significativamente, como una protesta contra la recluta de jóvenes polacos para el ejército del Zar.

El proceso de unidad alemana dejó una profunda herida en la relación germana con Francia, que ya era mala desde tiempos

napoleónicos. Bismarck recurrió al enfrentamiento con los franceses como forma de concitar la unidad en torno a Prusia de reinos que, de otra forma, no hubieran querido aparecer unidos. Fue su gran baza, su gran triunfo, y también la humillación de Francia que se convirtió en semilla de un enfrentamiento y una rivalidad secular. Era una contradicción flagrante: las dos potencias europeas que se tenían por más cultivadoras de la razón se enfrentaron violentamente al menos en tres ocasiones en menos de un siglo, con una vehemencia enormemente destructiva. Ningún choque entre reyes había sido tan sangriento como lo fueron los choques entre naciones soberanas.

Pero la región más inestable desde el punto de vista nacional y político a finales del XIX y comienzos del XX eran los territorios del Imperio Otomano, muy debilitado políticamente, que fue dando lugar a la aparición de nuevas entidades políticas, primero autónomas y luego independientes: Grecia, Rumanía, Bulgaria, Serbia, y Albania. Bosnia Herzegovina fue ocupada y anexionada por un imperio austriaco que trataba de ordenar el espacio que dejaban libre los turcos. La inestabilidad de la región y los enfrentamientos por nacionalidades, etnias o religiones continuán vivos todavía hoy, lo que testimonia la continuidad y densidad de esas realidades. Justamente ahí fue donde se envenenó un problema que terminó por dar lugar a la gran guerra de las naciones, ya entrado el siglo XX: la Gran Guerra de 1914-1918 o Primera Guerra Mundial (Clark, 2014).

La duración, extensión e intensidad del conflicto fueron de unas dimensiones inesperadas, gigantescas y terribles, al mismo tiempo que aparecían como absurdas o, al menos, difícilmente explicables o justificables ¿qué razón había para que los países más avanzados del mundo, o que se tenían por tales, enviaran a sus jóvenes a la muerte durante cuatro largos años? La respuesta estratégica era la imposibilidad de ganar la guerra de otra forma. La nueva guerra entre potencias industriales se había convertido en una guerra de desgaste, en un enfrentamiento entre naciones enteras, era una cuestión de supremacía económica, científica, técnica y demográfica, era una guerra total. Este hecho, unido a la existencia de nuevos medios de comunicación masivos que habían modificado la naturaleza y capacidad de la propaganda, contribuyó a que la demonización del enemigo se convirtiera en una práctica habitual entre los contendientes. Los odios nacionales crecieron todavía más (Stevenson, 2013).

La Gran Guerra, finalizada oficialmente con la rendición de Alemania y Austria en 1918, no significó el final de los enfrentamientos armados en Europa. Para muchos vencidos comenzó, por el contrario, un tiempo de nuevas guerras y convulsiones. Fue el caso, especialmente, de Rusia, que había firmado una paz separada en Brest-Litovsk en marzo de 1918 y que vivió en un marasmo de guerras civiles hasta 1921, cuando se produjo el triunfo final bolchevique (Gerwarth, 2017). En Polonia es bien conocido también el intento de Lenin de extender esa guerra revolucionaria a Alemania en 1920, algo que no se consiguió por la resistencia que presentó Polonia, que acababa de recuperar su independencia (Zamoyski, 2008). Cuando terminaron las guerras civiles, la URSS continuó una campaña de persecución política y religiosa que se volvió endémica y constituyó su señal de identidad hasta su desaparición. El odio de clase y el odio a la religión eran movidos ahora por el fuerte motor del imperio ruso.

Alemania, por su parte, vivió desde 1919 una ola de revoluciones bolcheviques que triunfaron solo parcial y temporalmente. Lo mismo sucedió en Hungría (Haffner, 2005). En Turquía las guerras se sucedieron hasta 1923. En Italia, un vencedor con moral de vencido, la conmoción revolucionaria y nacionalista llevó a que un sector del partido socialista se uniera a movimientos nacionalistas para crear el fascismo, que accedió al poder en 1922.

Francia, que se consideraba la gran vencedora de la guerra y también la gran perjudicada por las destrucciones causadas en su territorio, consiguió imponer una política de indemnizaciones que se suponía que debía restablecer el equilibrio perdido por culpa de Alemania. El efecto de esa actitud y esa política terminó por ser el contrario, causando un encono reactivo entre los alemanes que favoreció el aumento del nacionalismo alemán, cargado de rencor, y la alianza entre socialistas y nacionalistas que daría lugar al crecimiento del partido nazi.

De esa forma se llegó a un enfrentamiento todavía peor en 1939. La Segunda Guerra Mundial tuvo mucho de revancha de los vencidos de la Primera, especialmente en Europa, y causó todavía más estragos que la de 1914. Los odios nacionales se habían impregnado de ideologías totalitarias que pretendían la creación de un nuevo orden europeo, basado en la raza o en la clase, cerradamente intransigente con quienes consideraban sus adversarios: en la práctica, todos

los que no se les unieran. Polonia sucumbió como primera víctima por la alianza estratégica de los totalitarismos en el comienzo de la contienda. En 1941 el conflicto se transformó en el enfrentamiento a muerte entre la dictadura nazi y la comunista. En efecto, aunque el frente del Oeste permaneció activo, el más intenso fue el del Este, con consecuencias devastadoras para los países que lo padecieron. El balance final fue una suerte de suicidio europeo. Las viejas potencias se habían desgastado en una lucha que abrió paso al tiempo de las superpotencias. El nacionalismo alemán, empapado de totalitarismo racista, había sucumbido al empuje del nacionalismo ruso, empapado de totalitarismo comunista, con el concurso de las democracias occidentales, que pronto se vieron enfrentadas con su antiguo aliado (Davies, 2008).

Los primeros años de posguerra no fueron pacíficos. Las deportaciones masivas decretadas por los vencedores para establecer las nuevas fronteras provisionales causaron numerosos sufrimientos entre la población, y la implantación de dictaduras comunistas en el centro y este de Europa supusieron también un nuevo motivo de opresión y persecución para no pocos europeos. Eso sin contar las represalias vividas en el interior de diversos países para cobrarse deudas contraídas durante la guerra: la depuración de colaboracionistas en Francia o en Italia, las guerras civiles en Turquía, en Grecia y en Yugoslavia, donde fueron también una suerte de guerra nacional que impuso el comunismo y el poder serbio (Lowe, 2012).

TIEMPO DE RECONCILIACIÓN

Entre 1914 y 1945 Europa había vivido una suerte de guerra de los treinta años que había dejado profundas heridas entre los contendientes y había dado frutos muy amargos. Destruída, dividida y humillada, Europa dependía de lo que las superpotencias quisieran permitir que fuera. Su poder mundial declinó rápidamente en un proceso de descolonización que tuvo su reverso positivo: permitió una nueva relación entre los europeos, que ahora ya no competían entre sí por el dominio del mundo. Esta fue una de las raíces de la superación de antiguas rencillas que, aunque superficial, empujó a un nuevo entendimiento. El mejor ejemplo en este sentido era la

relación franco-británica: de estar al borde de la guerra a finales del XIX, la necesidad de una alianza estratégica les había empujado a entenderse, primero en una entente, y luego en una alianza que llegó incluso a permitir pensar en una fusión de las dos naciones. Si no se pensaban como amigos, al menos ya no lo hacían como adversarios, haciendo de la necesidad virtud.

Algo parecido ocurrió con la Europa que no había caído en manos de los comunistas: la necesidad de reconstrucción económica llevó a un entendimiento en parte forzado por los acontecimientos, en parte buscado por quienes estaban convencidos de que el nacionalismo era un veneno que emponzoñaba las relaciones de un continente llamado a tener una vida común. El caso del Sarre volvió a poner sobre la mesa el enfrentamiento entre los intereses franceses y los alemanes, que volvían a escena de la mano de la creación de la República Federal de Alemania en 1949 (Ionescu, 1991). Fue ahí donde aparecieron los primeros síntomas de una corriente que llamaba a la reconciliación. Recogía las ideas europeístas previas, y las enriquecía con la idea de superación del nacionalismo. Como ejemplo de lo primero podemos citar a Jean Monnet y su plan funcionalista para Europa. Como ejemplo de lo segundo tenemos a algunos políticos como Robert Schuman en Francia, Konrad Adenauer en Alemania o Alcide de Gasperi en Italia. Tenían en común que eran católicos devotos, hombres de frontera y enemigos del nacionalismo. Schuman era un francés que hablaba alemán, De Gasperi, un italiano que había comenzado su carrera política como diputado en Viena, Adenauer, un alemán enfrentado con los peores demonios del nacionalismo alemán, que quería restablecer la soberanía de su país huyendo de los radicalismos que la habían convertido en un problema. De sus ideas y las negociaciones consiguientes surgió la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, la CECA, auspiciada por la declaración para Europa de Schuman el 9 de mayo de 1950:

La paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan.

La contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de unas relaciones pacíficas. Francia, defensora desde hace más de veinte años de una Europa unida, ha tenido siempre como objetivo esencial servir a la paz. Europa no se construyó y hubo la guerra.

Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho. La agrupación de las naciones europeas exige que la oposición secular entre Francia y Alemania quede superada, por lo que la acción emprendida debe afectar en primer lugar a Francia y Alemania.

Con este fin, el Gobierno francés propone actuar de inmediato sobre un punto limitado, pero decisivo.

El Gobierno francés propone que se someta el conjunto de la producción franco-alemana de carbón y de acero a una Alta Autoridad común, en una organización abierta a los demás países de Europa.

La puesta en común de las producciones de carbón y de acero garantizará inmediatamente la creación de bases comunes de desarrollo económico, primera etapa de la federación europea, y cambiará el destino de esas regiones, que durante tanto tiempo se han dedicado a la fabricación de armas, de las que ellas mismas han sido las primeras víctimas (Declaración de Robert Schuman).

La llamada de Schuman recibió una entusiasta acogida por parte de Adenauer, que hizo del europeísmo y de la vinculación a Occidente una seña de identidad de la nueva República alemana que estaba construyendo. De Gasperi hizo lo propio con la nueva República italiana, y el concurso del Benelux vino a confirmar la posibilidad de trabajar en construir una solidaridad europea que consiguiera la reconciliación de los antiguos contendientes. No obstante, el temor a los vecinos seguía existiendo. Y, a veces, algo peor. Cuando se produjo el levantamiento en Berlín oriental contra la autoridad comunista en 1953, la represión que lo siguió no fue condenada por los franceses. Y la iniciativa de Monnet de crear un ejército común europeo fue rechazada por la Asamblea Nacional francesa en 1954 por el miedo que seguía suscitando la reaparición de un ejército alemán. El entendimiento tenía sus límites.

El nuevo impulso a la construcción europea llegó, significativamente, del exterior. El intento franco-británico de intervenir en el canal de Suez en 1956 para revertir su nacionalización por Egipto fue rechazado de forma contundente por el presidente norteamericano además de, claro está, por la URSS. Eso ocurrió al mismo tiempo que Hungría pedía ayuda para convertirse en neutral y sacudirse el dominio soviético. Europa occidental no pudo ni quiso hacer nada por los húngaros. No hacía falta mucho más para demostrar su incapacidad.

Era preciso trabajar por estar más unidos si querían ser algo, y así se hizo en las negociaciones que condujeron a los tratados de Roma de 1957 y a la creación de dos nuevas comunidades, la Comunidad Económica Europea y la Comunidad Europea de la Energía Atómica o EURATOM. La integración continuaba, pero más forzada por las necesidades externas y el pragmatismo que por el deseo de reconciliación (Zorgbibe, 1993).

LA RECONCILIACIÓN FRANCOALEMANA

La gran oportunidad para uno de los principales procesos de reconciliación en Europa llegó con la vuelta de de Gaulle al poder en 1958. Al general, después de la fundación de la Vª República con una nueva Constitución, le interesaba volverse hacia las relaciones exteriores. En ellas, después de la descolonización, su mirada se centró primero en Europa y, en ella, en la nación de la que dependían el acceso, el porvenir y el control de Europa: Alemania. Por lo mismo, por su sobrecarga de visión histórica, miraba con recelo hacia Inglaterra. Conviene recordar que de Gaulle conocía bien Alemania, su lengua, su historia, sus pensadores. Desde 1949, este hombre que había combatido en dos guerras contra los teutones, había abandonado todo afán de revancha: estaba convencido de que en la nueva situación no había peligro de afán expansionista alemán. El cambio de Alemania, su estructura federal, su milagro económico, su adhesión a la democracia, reclamaban otros planteamientos, que de Gaulle siguió hasta darles una pátina de encuentro de envergadura histórica. Sobre los tres ejes de la política exterior francesa —independencia nacional, construcción europea, relaciones Este-Oeste— de Gaulle diseñó su relación con Alemania para hacer que la solidaridad colateral permitiera que hubiera más Europa, que se consiguiera mayor seguridad Este-Oeste, y que ese aumento de la seguridad permitiera obtener mayor independencia de los bloques ideológicos.

Podemos señalar dos elementos más que ayudaban este movimiento del francés: de Gaulle se encontraba a gusto en esta relación con los alemanes en la que la solidaridad, reconciliación e igualdad no dejaba de señalar una superioridad francesa: Alemania tenía el territorio dividido y prohibidas las armas nucleares. Así era más

fácil entenderse. Además, desempeñó un importante papel en la relación entre de Gaulle y Adenauer su catolicismo, que favoreció el espíritu de comprensión al constituir un amplio espacio de encuentro y coincidencia en asuntos fundamentales de carácter prepolítico pero con importantes consecuencias políticas (Lacouture, 1986, pp. 287 y ss.).

Pocos frutos más cristianos que la sustitución de un arraigado enfrentamiento por una reconciliación duradera. Como para subrayar ese carácter a la vez personal e institucional, de Gaulle invitó a Adenauer a visitarle en su residencia familiar donde, por cierto, debió dar explicaciones a su cocinera que se negó en principio a servir a un alemán. De Gaulle quiso dar explicaciones personalmente a aquella mujer, le hizo presentes las razones que le empujaban a invitar a su casa a un dirigente germano, algo que ella consideraba una traición, hasta que consiguió convencerla.

Adenauer recuerda en sus memorias cómo le impresionaron la voluntad de paz y la fraternidad del presidente francés. El embajador de Francia en Bonn en aquel momento, que participó en una cena con los dos estadistas en La Boisserie, escribió:

Adenauer nunca olvidará Colombey-les-Deux-Eglises, la refinada cortesía del señor que le hacía los honores de su morada provincial, la gravedad espiritual y cristiana que la empapaba (Bardy, 2011).

De parte alemana había también motivos para la confianza. Su estrecha alianza se basó en la seguridad de Adenauer de que de Gaulle era un germanófilo que había unido a su gloria personal la tarea histórica de aproximar los dos pueblos, que era un prooccidental, pese a su desconfianza frente a los aliados americanos, y un europeísta, aunque no en la línea integracionista de Monnet. Incluso Monnet mismo señaló a Adenauer que de Gaulle le ayudaría a dar los pasos necesarios para la construcción europea.

Se llegó así a la firma del tratado franco alemán de 1963 que sellaba la superación de un largo enfrentamiento y la reconciliación de los dos países. Algunos aspectos de sus previsiones fueron minimizados por maniobras políticas que tendían a evitar que se convirtiera en un obstáculo para la privilegiada relación entre la RFA y los Estados Unidos de América, pero eso era un asunto menor. El entendimiento

entre Francia y Alemania se había reforzado al terminar el mandato de Adenauer. Los años siguientes no fueron fáciles en la construcción europea. De Gaulle tenía un criterio propio más cercano a lo confederal que a lo federal y entendía que los británicos no podían ingresar si no cambiaban la orientación de su política exterior. Con todo, es significativo que la única cosa que de Gaulle dijo cuando ya sabía que iba a dejar la presidencia en 1969 es que la política exterior francesa no podía basarse más que en la irreversibilidad de la reconciliación francoalemana. Vale como última palabra sobre la cuestión y como el resello de una reconciliación política que se quería profunda y lo fue en su fundamentación.

LA RECONCILIACIÓN GERMANOPOLACA

Otro episodio de reconciliación importante vivido en estos años tuvo lugar en Polonia. El 18 de noviembre de 1965, por iniciativa del obispo de Wrocław, mons. Bolesław Kominek, en el marco de los preparativos de la celebración del Milenario del Bautismo de Polonia (966) el episcopado polaco envió mensajes a los episcopados de otros países y uno especial al episcopado alemán. Analizaba la historia de las relaciones polaco-germanas y tocó la cuestión de la frontera. La carta terminaba así: “Perdonamos y pedimos perdón”. Varios obispos polacos se sumaron a la iniciativa de Kominek, Stefan Wyszyński y Karol Wojtyła entre ellos, y propusieron ciertos cambios. Fue solo un gesto de reconciliación al que los alemanes respondieron con buena voluntad, pero sin referencia alguna a la cuestión de la frontera. Por su parte, las autoridades comunistas de Polonia utilizaron la carta para atacar a la Iglesia e intentaron profundizar la brecha entre las celebraciones estatales de las eclesiásticas, sin conseguirlo (Boll Friedhelm, Wysocki, & Ziemer, 2010; Madajczyk, 1997, pp. 144-152; Roszkowski, 2017, pp. 314-317).

Merece la pena recordar otro hecho menor pero significativo. Cuando Karol Wojtyła viajaba hacia el Oeste no lo hacía en avión como era habitual, lo hacía en coche a través del territorio de la RDA, y aprovechaba para hacer visitas a las parroquias de la RDA. Fue un gesto más de acercamiento que, inesperadamente, tendría trascendencia años más adelante.

Los primeros frutos públicos de este acercamiento llegaron con la confluencia de intereses políticos que surgió con la Ostpolitik de Billy Brandt, y con los gestos que este realizó al viajar a Polonia en 1970. Pocos años más tarde llegaría el reconocimiento de las fronteras en la Conferencia de Helsinki. Pero, sobre todo, a los pocos días de la caída del muro, en noviembre de 1989, en Krzyżowa, se celebró una misa de reconciliación a la que asistieron Tadeusz Mazowiecki y el canciller alemán Helmut Kohl, que intercambiaron la paz (Roszkowski, 2017, pp. 463-465; Zieba, 2010). Este encuentro y esos gestos abrieron la puerta a los acuerdos del 1990 y 1992: los acuerdos 2+4, la reiteración de la inmutabilidad de la línea Oder-Neisse como frontera con Polonia, y el Tratado bilateral de Vecindad Amistosa (Soutou, 2001, pp. 703 y ss.).

SUPERACIÓN DE CONFLICTOS INTERNOS. EL CASO DE ESPAÑA Y EL REINO UNIDO

Las heridas que debían curarse en las sociedades europeas no tenían que ver solo con guerras internacionales, hubo también numerosos conflictos internos que dieron lugar a guerras civiles o a fenómenos terroristas especialmente violentos. Vamos a fijarnos brevemente en dos de ellos: la superación de la división creada por la guerra civil española y el fin del terrorismo norirlandés en el Reino Unido.

El caso español es especialmente interesante porque es uno de los pocos países europeos que no ha participado en ninguna de las dos guerras mundiales. Sin embargo, la crisis de los años treinta desencadenó en ella un aluvión de fracturas verticales y horizontales que terminaron por hacer fracasar la política de la Segunda República y abocaron a una guerra civil especialmente cruenta. En ella se desataron odios de todo tipo: hubo una fuerte persecución religiosa, un enfrentamiento fanático entre derechas e izquierdas, y dentro de las izquierdas entre comunistas estalinistas y quienes no lo eran, y una lucha entre nacionalismos separatistas y Estado unitario. Toda la vida del país se puso en cuestión, y la violencia espontánea u organizada se cobró cientos de miles de vidas (Payne, 2019). La victoria no trajo consigo un proceso de entendimiento. Al contrario, los vencedores entendieron que debían dar un escarmiento severo y aplicaron una

represión que empeoró las cosas. Por si eso había sido poco, meses después de terminar la guerra civil estalló la mundial. Su final, con la derrota de los que habían apoyado a Franco, supuso una impugnación de su régimen. La Polonia comunista propuso en la ONU que se recomendara la ruptura de relaciones diplomáticas con España de todos los socios. Los vencidos en la guerra civil vieron llegado el momento para la revancha, que no llegó porque los aliados no hicieron nada por desalojar al Franco del poder.

La dictadura del general vencedor consiguió superar esos difíciles años y, con la guerra de Corea, entró en una nueva época en la que parecía que el reconocimiento del peligro comunista le daba ahora la razón a él. Consiguió el reconocimiento internacional y evolucionó hacia un sistema más templado. En los sesenta consiguió una intensa mejora económica y se produjo un enorme cambio social. Los españoles de los años 70 miraban la guerra civil como el ejemplo de lo que no querían que volviera a suceder. Cuando Franco falleció en 1975 el espíritu de reconciliación prevalecía en el país. Era la consecuencia de años de convivencia en paz y también del efecto que las creencias cristianas, ampliamente compartidas, habían sembrado en la sociedad. Se inició, así, un periodo de transición a la democracia no exento de dificultades, sobresaltos y episodios de violencia que, con todo, no consiguieron ahogar el espíritu de reconciliación. El papel de la Iglesia en la tarea fue generalmente reconocido, pero hay que insistir en que era sobre todo cuestión de una sociedad civil imbuída de espíritu cristiano y decidida a superar las viejas intolerancias. Un autor apunta sensatamente que era la herencia de miles de madres que habían enseñado en las familias a convivir, a comprender, a discrepar sin traumatismos ni rupturas. Pienso que tiene mucha razón (Powell, 2001, pp. 127 y ss.; Carcel-Orti, 2003, 257 y ss.; Gonzalez-Martinez, 2017; Perez-Lopez, 2019b, pp. 493-503).

Se llegó así a la elaboración de una nueva constitución, la actualmente vigente, y se recuperaron pacíficamente las libertades públicas en un clima de convivencia que se convirtió en modélico para algunos procesos de reconciliación posteriores. Se suele mencionar como elemento clave para conseguirlo el nivel de bienestar económico alcanzado, pero, sobre todo, el miedo a una nueva guerra y el opuesto apego a un espíritu de consenso que permitiera la convivencia de quienes discrepaban en el modo de organizar las soluciones

políticas. Hay verdad en los dos elementos: aprender de los errores y ser capaz de perdonar y convivir fueron elementos esenciales del cambio, que exigió que todas las partes cedieran en sus peticiones para alcanzar una postura aceptable para todos. Durante años este proceso de reconciliación nacional fue considerado modélico hasta que, recientemente, han aparecido tendencias críticas con él que mencionaremos más adelante.

En cuanto al terrorismo en el Reino Unido, constituye un caso especialmente interesante y complicado. La relación entre el Reino Unido e Irlanda es uno de los pocos casos de sometimiento colonial entre dos territorios europeos. Esa relación se transformó con el logro de la autonomía irlandesa primero y la independencia después. Pero en los acuerdos para concedérsela no se incluyeron los territorios de siete condados de Irlanda del Norte, el Ulster, donde la mayoría de la población era protestante y quería permanecer unida al Reino Unido. La solución de mantener la isla dividida pasaba por continuar con un sometimiento de la población católica al dominio de la protestante. La radicalización de las protestas contra ese estado de cosas condujo a finales de los sesenta al surgimiento de un movimiento terrorista de la mano del Irish Republican Army (IRA) al que se opuso pronto un movimiento armado protestante. El terrorismo del IRA golpeó desde entonces el Reino Unido y forzó a desplegar el ejército en la zona sin que se alcanzara una solución. La cuestión ensangrentó y tensó durante años la vida en la región y en el Reino Unido hasta que se alcanzó el llamado Acuerdo de Viernes Santo en 1998, que llevó a la aceptación por las dos partes de unas vías de acción política compartidas y al cese de la violencia. El acuerdo incluía la celebración de referéndums para su aprobación en Irlanda del Norte y la República de Irlanda. Los dos obtuvieron un resultado positivo.

La solución del conflicto no supuso una inmediata reconciliación de las comunidades católica y protestante, pero abrió las puertas a conseguirla. Había sido consecuencia del cansancio producido por el largo conflicto, la presión policial y militar, la religiosa en contra de los extremistas, y el final de Guerra Fría, que influyó en el desenquistamiento de procesos similares en todo el mundo (Morrow, 2012, pp. 5-35).

LA RECONCILIACIÓN DE LAS DOS EUROPAS

Sin duda, el proceso de reconciliación más espectacular de la historia reciente europea fue el que llevó a la desaparición de la barrera que dividía en dos el continente, la caída de los regímenes socialistas o, como suele ser evocada simbólicamente, la desaparición del Telón de Acero. El enfrentamiento tenía mucho de artificio político, como pudo verse cuando cayó, pero era un artificio que aparecía enormemente sólido hasta casi el mismo momento de su derrumbamiento. El enfrentamiento entre el Este y el Oeste fue una guerra de los cincuenta años que obedecía a un criterio político y dejó ver cómo no había apoyo social que lo justificara cuando las condiciones políticas lo permitieron. Este hecho nos pone frente al importante significado de las circunstancias políticas, al mismo tiempo que las relativiza.

No vamos a recordar aquí pormenorizadamente los hechos que condujeron a la caída del socialismo. Pero sí vale la pena recordar algunos hitos que permiten comprender su significado en nuestro contexto de fenómenos de reconciliación. En primer lugar, habría que citar las dudas internas que habitaban el mundo socialista y especialmente el soviético: ¿era posible reformar el socialismo, hacerlo económicamente eficiente y políticamente popular? El intento más llamativo de intentar algo así fueron las reformas inducidas desde Moscú en Checoslovaquia en 1968. Su final habla claro de la respuesta: las reformas desbordaron lo que los jerarcas soviéticos estaban dispuestos a tolerar y, ante la incapacidad o la falta de voluntad de los checos para detenerlas, forzaron una intervención para terminar con ellas. El escándalo fue notorio y lo peor fue que no contestó la pregunta de fondo.

La cuestión se planteó de nuevo con las protestas en Polonia en 1970 y se contestó con enorme contundencia: no habría reformas. Volvió a plantearse inesperadamente en 1978 con la elección de Juan Pablo II como Papa. La presencia de un polaco en la sede de Pedro y su visita a su tierra natal en 1979 pusieron de nuevo la cuestión en el candelero. La respuesta soviética fue radical: comenzó la preparación del asesinato del nuevo Pontífice al mismo tiempo que se intentaba neutralizar su acción. Pero no se pudo evitar una reacción de simpatía internacional ni el cambio de postura de la Administración norteamericana del presidente Carter, que amenazó con graves consecuencias

si la URSS, como tenía previsto, intervenía en Polonia en diciembre de 1980. Que aquel golpe se detuviera fue un cambio trascendental en la historia de la Guerra Fría: por primera vez la URSS anteponía sus intereses nacionales a sus obligaciones ideológicas de sostenimiento y extensión del comunismo (Soutou, 2001, pp. 621-628).

La represión en Polonia siguió un camino intermedio con Jaruzelski y la declaración del estado de guerra en 1981. El país estuvo al borde de la guerra civil y seguramente solo la evitó gracias a la actuación de Juan Pablo II que llamó a no derramar más sangre polaca: ya se había derramado demasiada, como dijo en una alocución en el Vaticano. Esta llamada y su recepción por parte de la oposición polaca llevaron a unos años de transición en los que el poder soviético evolucionó, especialmente a partir de la llegada de Gorbachov al poder, forzado por el reconocimiento del insalvable desastre económico en que estaba inmerso. Paralelamente, debía llegar otra constatación más importante: las poblaciones que vivían bajo el régimen socialista no lo aceptaban y deseaban cambiarlo. Esto fue lo más difícil de aprender por las autoridades soviéticas, si es que llegaron a entenderlo alguna vez. Pero fue fundamental que no reaccionaran con violencia y admitieran un cambio pacífico a la altura de 1989, sin intervenir para detenerlo. Fue el fruto de largos años de resistencia pacífica polaca y, con él, se llegaron a vivir las llamadas revoluciones de terciopelo, un fenómeno de gran interés para el tema que nos ocupa (Weigel, 1999, pp. 397-441; Perez Lopez, 2019a, pp. 129-157; Perez Lopez, 2018, pp. 23-43).

Podríamos enunciar sus características diciendo que se trató de movimientos que generaban cambios revolucionarios sin recurrir a la violencia. Fueron el contraejemplo de las revoluciones liberales, las nacionalistas y, todavía más, las comunistas. De hecho, el fenómeno ponía en entredicho el mito revolucionario que se había asentado en los últimos dos siglos. Era posible desmontar un sistema opresivo sin generar violencia, por métodos pacíficos, reivindicando la libertad y la verdad sin apoyarse en el odio. El salto era de tal envergadura que fue difícil de asimilar. Era también un proceso difícil, no ocurrió en muchos lugares. De hecho, en buena parte de los antiguos países comunistas triunfaron movimientos que simulaban una transformación del sistema, lo que supuso solamente el traspaso del poder de un sector del partido comunista a otro, más conforme con los

planteamientos gobachovianos. Fue el caso de Bulgaria o Rumanía, o de la transformación en nacionalistas de los antiguos comunistas, como ocurrió en Kazajstán u otras repúblicas centroasiáticas.

El eco más sonoro de este nuevo cambio llegó en Alemania, donde la RDA se deshizo en un plazo récord, con la aquiescencia de la URSS, que fue cediendo poco a poco a las hábiles peticiones de un Helmut Kohl decidido y prudente. El resultado final, el reconocimiento y compromiso de respetar las fronteras posteriores a la Segunda Guerra Mundial y los tratados 2+4 que permitieron la reconciliación alemana, fueron el símbolo del fin del enfrentamiento entre el Este y el Oeste por el camino que se había abierto en Polonia a lo largo de una larga década de resistencia pacífica y reivindicación tenaz.

LOS CONTRAEJEMPLOS: LA REVIVISCENCIA DE LOS ENFRENTAMIENTOS

Puede ayudar a comprender mejor los procesos de reconciliación la consideración de ejemplos de lo contrario, que tampoco han faltado. Un primer apunte histórico debe consignar que se trata de conflictos habituales en los antiguos territorios del Imperio Otomano, que son en la actualidad algunas de las zonas más conflictivas en términos geopolíticos, como es evidente en el caso de Oriente Medio. La situación de Chipre, una isla dividida en dos zonas, una controlada por la república de signo cristiano ortodoxo y otra dominada desde 1974 por Turquía, es el ejemplo más gráfico del enfrentamiento que Turquía mantiene con Grecia en el límite oriental del Mediterráneo y de lo difícil que resulta conseguir la reconciliación entre esos vecinos (Coufoudakis, 2010).

El caso más dramático, no obstante, fue el de la desintegración de la antigua Yugoslavia, las guerras consiguientes en los años noventa, y los enfrentamientos étnicos y religiosos que todavía se viven en la región, como testimonia el caso de Kosovo. La ex Yugoslavia ha puesto de relieve, además, el efecto negativo que ha tenido la pretensión comunista de superar las diferencias nacionales. La impresión que se tiene, a la vista de lo sucedido en su territorio después de 1990, es que la pacificación comunista solo había sido una máscara que, en lugar de atenuar los rencores, los había hecho fermentar (Rogel,

2004). Algo similar cabe decir del conflicto que enfrenta a Armenia con Azerbaiyán y los enclaves creados en época soviética, que siguen generando tensiones en nuestros días.

El segundo elemento perturbador tiene relación también con los límites orientales de Europa y con la actitud de Rusia tras la desaparición de la URSS. Una de las características del siglo XX había sido la descolonización de los imperios europeos. De todos, menos el ruso que, disfrazado de “potencia liberadora” incluso incrementó su extensión en el siglo XX. De algún modo, el final de los regímenes comunistas en el centro de Europa había tenido algo de rechazo de una pretensión colonizadora rusa, pero esto ha sido mucho más claro en las regiones más orientales. Los casos más evidentes han sido las guerras en Chechenia en 1994-1996 y en 2000-2009, en Georgia en 2008 y en Ucrania en 2014, un conflicto que todavía dura. El solo enunciado de hechos de tanta gravedad pone de relieve que, al mismo tiempo que se viven tiempos de reconciliación se han vivido y viven, en función de otras decisiones políticas, tiempos que avivan los enfrentamientos (Pascual de la Parte, 2017).

Un tercer elemento que ha contribuido a crear tensiones tiene raíz ideológica. Nació tras el final de la Guerra Fría de la confluencia de varios factores e iniciativas. Una de ellas tiene que ver con el deseo de purificación de la memoria y la necesidad de pedir perdón por los errores e injusticias cometidos. El ejemplo más señalado, y pionero, fue el del papa Juan Pablo II al acercarse el tercer milenio cristiano, con su iniciativa de petición de perdón por las ocasiones en que los cristianos habían recurrido a la violencia o a la presión ilegítima como pretendido camino para imponer la verdad. Había comenzado a hacerlo con la pública rehabilitación de Galileo y la revisión del proceso inquisitorial que lo había condenado. Al acercarse el año 2000, el Santo Padre quiso que la Comisión Teológica Internacional del Vaticano estudiara el tema de la memoria y la reconciliación, de la Iglesia ante las culpas del pasado. En la conclusión del texto elaborado tras ese estudio se aclaraba que la petición de perdón se dirigía sobre todo a Dios, que no era un acto de humildad ficticio, sino que respondía más bien a una exigencia de verdad irrenunciable, que, junto a los aspectos positivos, reconocía los límites y las debilidades humanas de las sucesivas generaciones de discípulos de Cristo.

La Verdad reconocida es fuente de reconciliación y de paz porque, como afirma el mismo Papa, “el amor de la verdad, buscada con humildad, es uno de los grandes valores capaces de reunir a los hombres de hoy a través de las diversas culturas” (Juan Pablo II, 2000, p. 138).

Por esos mismos años cobró fuerza una corriente cultural que insistía en la necesidad de purificar la memoria del pasado de las naciones, especialmente de las europeas, que debían reconocer los males causados con sus políticas o sus prácticas, como, por ejemplo, el colonialismo, el esclavismo, el antisemitismo, etc. De ahí ha surgido una corriente que tiende a reclamar justicia para hechos pasados que serían notoriamente injustos y que, por su gravedad, nunca prescribirían, como es el caso de los genocidios. Esta manera de proceder, que tiene aspectos muy positivos y puede contribuir a la reconciliación y al perdón, ha sido utilizada a veces en un sentido que consigue lo contrario.

En España, por ejemplo, algunos grupos de izquierda volvieron de nuevo la mirada a la guerra civil y a los años del franquismo para denunciar un pretendido pacto de olvido que habría impedido hacer justicia. Esto ponía en duda la autenticidad del proceso de reconciliación y recuperación de la convivencia que se había vivido en la transición a la democracia, y traía al debate público la necesidad de revisar la memoria de aquellos años con un afán de denuncia que todavía hoy es causa de debate público en España (Julia, 2017, pp. 582-586, 609-628). Es probable que se trate de una estrategia política para redefinir los objetivos de la izquierda, una vez desprestigiado el modelo comunista. Se intenta ahora asentar su identidad en la denuncia de la injusticia cometida por regímenes dictatoriales derechistas. El caso es que, de esa forma, la guerra civil ha vuelto a convertirse en un argumento político en la actualidad, en lo que parece un retroceso con respecto a la reconciliación vivida en los años setenta.

CONCLUSIONES

Comenzamos nuestra aproximación a los procesos de reconciliación evocando las raíces de los conflictos más graves vividos en los últimos siglos. Hemos visto cómo las fuerzas que se presentaban como liberadoras se convirtieron a veces en causa de discordia y enfrentamiento:

ocurrió con las soberanías nacionales, con ideologías como el marxismo o sus antagonistas, e incluso con las religiones. Diferencias nacionales, raciales, ideológicas o religiosas han sido ocasión de divisiones, guerras o movimientos terroristas que han herido profundamente las sociedades europeas. Ciertamente, unas han engendrado más violencia y odio que otras, y cabría estudiar una escala para reflejarlo. Pero quizá sea mejor camino considerar las causas de los movimientos de reconciliación, de los esfuerzos políticos que intentaban poner fin a un enfrentamiento o prevenirlo, y en ese campo hay que destacar las razones de carácter religioso, en concreto las de raíz cristiana. De forma más o menos explícita, encontramos esas motivaciones en el movimiento político que empujó hacia la reconciliación en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, quizá no en la configuración del Movimiento Europeo, que incluía a socialistas y laicos, pero sí en el perfil vital de buena parte de sus protagonistas: Schuman, de Gasperi, Adenauer, de Gaulle, etc. La visión cristiana del mundo que compartían y su idea de Europa como continente de raíz cristiana eran algunas de las claves que les permitían pensar en una reconciliación y en la aspiración a un proyecto común.

El otro gran proceso de reconciliación, la de las dos Europas y el final de la Guerra Fría, como es patente en la historia reciente de Polonia, pionera en ese camino, tuvieron también protagonistas de firmes convicciones cristianas. El caso de Juan Pablo II es el más espectacular y característico, pero se pueden citar muchos otros. Parece necesario subrayar que la transición pacífica desde unos regímenes totalitarios tan represivos constituyó un fenómeno llamativo solo comprensible desde la afirmación de valores de raíz cristiana compartidos con quienes creían en la primacía de la verdad y de la dignidad humana en la organización de la vida colectiva, aunque no fueran cristianos, como Václav Havel.

Por contraste, en las zonas o momentos en que encontramos una reviviscencia de los enfrentamientos o una resistencia a la reconciliación, podemos detectar también rasgos comunes. El primero, la pervivencia de pasiones nacionalistas, algo que afecta a los países de la antigua Yugoslavia, pero también a otros como las guerras de Chechenia, la de Georgia o la de Ucrania. Todas ellas tienen que ver, además, con el fenómeno del imperio ruso que se resiste a la descolonización o pretende una recolonización de sus tierras fronterizas.

Un elemento que llama la atención en este caso es que el cristianismo ortodoxo se ve arrastrado por los nacionalismos hacia el fortalecimiento de enfrentamientos de signo identitario.

Otro elemento reseñable son las diferencias religiosas en relación con el mundo musulmán. El caso más llamativo es el de Chipre, pero también hay elementos de este tipo en la situación de Kosovo, Bosnia-Herzegovina o Albania.

En conjunto, pues, cabe decir que los años finales del siglo XX han sido testigos de un importante avance de los fenómenos de reconciliación y de superación de heridas. Ciertamente, no faltan obstáculos, ni tampoco dejan de aparecer fuerzas que empujan de nuevo a la división. Si nuestro análisis es correcto, en la medida en que se produce una secularización de las sociedades, especialmente de las cristianas, disminuiría el potencial interés por superar heridas y alcanzar la reconciliación. En particular, parece que puede afirmarse que, si disminuyen las personas con convicciones cristianas en la vida política o se debilitan sus convicciones, se debilitará el potencial pacificador en la vida pública.

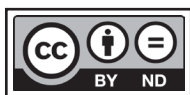
BIBLIOGRAFÍA

- Bardy, G. (2011). *Charles le catholique. De Gaulle et l'Église*. Paris: Plon Boll.
- Boll Friedhelm, W., Wysocki, J., & Ziemer, K. (red.). (2010). *Polsko-niemieckie inicjatywy pojednania w latach sześćdziesiątych XX wieku a polityka odprężenia*. Warszawa: Neriton.
- Carcel Ortí, V. (2003). *La Iglesia y la Transición española*. Valencia: Edicep.
- Clark, Ch. (2014). *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra de 1914*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- Coufoudakis, V. (2010). *Chipre: un problema contemporáneo en perspectiva histórica*. Minneapolis: Universidad de Minnesota, Estudios de Griego Moderno.
- Davies, N. (2008). *Europa en guerra 1939-1945 ¿quién ganó realmente la segunda guerra mundial?* Barcelona: Planeta.
- Declaración de Robert Schuman, 9 de mayo de 1950. Texto íntegro disponible en https://europa.eu/european-union/about-eu/symbols/europe-day/schuman-declaration_es (consultado en noviembre de 2018).
- Gerwarth, R. (2017). *Los vencidos: por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

- González Martínez, C. (2017). *Salvador Sánchez-Terán: un político de la transición*. Madrid: ACCI.
- Haffner, S. (2005). *La revolución alemana de 1918-1919*. Barcelona: Inédita.
- Ionescu, G. (1991). *Leadership in an interdependence world, the statesmanship of Adenauer, De Gaulle, Thatcher, Reagan and Gorbachev*. Harlow: Longman.
- Juan Pablo II. (2000). Comisión Teológica Internacional. *Jornada del Perdón. Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*. Madrid: Palabra.
- Juliá, S. (2017). *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Lacouture, J. (1986). *De Gaulle. 3. Le Souverain*. Paris: Seuil.
- Lowe, K. (2012). *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.
- Madajczyk, P. (1997). Orędzie biskupów z 1965 r. jako element obchodów milenijnych. *Więź*, 145, 144-152.
- Morrow, D. (2012). The Rise (and Fall?) of Reconciliation in Northern Ireland. *Peace Research*, Vol. 44, No. 1 (2012), pp. 5-35.
- Pascual de la Parte, F. (2017). *El Imperio Que Regresa. La Guerra de Ucrania 2014-2017: Origen, Desarrollo, Entorno Internacional y Consecuencias*. Oviedo: Ediuono.
- Payne, S.G. (2014). *La Guerra Civil española*. Madrid: Rialp.
- Payne, S.G. (2019). *La revolución española (1936-1939). Un estudio sobre la singularidad de la Guerra Civil*. Barcelona: Espasa.
- Pérez López, P. (2018). Znaczenie pontyfikatu Jana Pawła II dla Europy Zachodniej. In *40-lecie wyboru Karola Wojtyły na papieża. Czy pontyfikat Jana Pawła II zmienił świat?*, Varsovia (Polonia), Centrum Myśli Jana Pawła II – Narodowe Centrum Kultury, 23-43.
- Pérez López, P. (2019a). El pontificado de Juan Pablo II y su tiempo. *Scripta Theologica*, Vol. 51, 2019, pp. 129-157.
- Pérez López, P. (2019b). Trois hommes politiques de la Transition espagnole vers la démocratie et leur inspiration chrétienne. *La Saint-Siège, les Églises et l'Europe. La Santa Sede, le Chiese e L'Europa*. Roma: Edizioni Studium, Roma, 493-503.
- Powell, Ch.T. (2001). *España en democracia, 1975-2000*. Barcelona: Plaza & Janés
- Rogel, C. (2004). *The Breakup of Yugoslavia and Its Aftermath*. Westport Conn.-London: Greenwood Publishing Group.
- Roszkowski, W. (2017). *Historia Polski 1914-2015*. Warszawa: Wydawnictwo Naukowe PWN.
- Soutou, G.-H. (2001). *La Guerre de Cinquante Ans: Les Relations Est-Ouest, 1943-1990*. Paris: Fayard.

- Stevenson, D. (2013). *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Debate.
- Weigel, G. (1999). *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Zamoyski, A. (2008). *Varsovia 1920: el intento fallido de Lenin de conquistar Europa*. Madrid: Siglo XXI.
- Zieba, R. (2010). *Główne kierunki polityki zagranicznej Polski po zimnej wojnie*. Warszawa: Wyd. Akademickie i Profesjonalne.
- Zorgbibe, Ch. (1993). *Histoire de la construction européenne*. Paris: Presses Universitaires de France.

Copyright and License



This article is published under the terms of the Creative Commons Attribution – NoDerivs (CC BY- ND 4.0) License
<http://creativecommons.org/licenses/by-nd/4.0/>